

dignas de su sangre, de modo que el nacimiento nos los da como debían ser, y solo la adulacion los hace como son.

Echados á perder con las alabanzas, nadie se atreve ya á decirles la verdad, y ellos son los únicos que ignoran en su reino lo que ellos solos deberian saber. Envian ministros para que se informen de lo mas secreto que pasa en las cortes y en los reinos mas distantes, y nadie se atreve á manifestarles lo que pasa en el suyo propio; porque la adulacion rodea su trono, cierra todas las avenidas y no deja acceso á la verdad. Asi es como el soberano es el único forastero en medio de sus pueblos, y cree manejar los resortes mas secretos del imperio, cuando ignora los acontecimientos mas públicos, se le ocultan sus pérdidas y se le abultan sus ventajas, se le disminuyen las miserias públicas y se burlan de él á fuerza de respetarle; de modo que nada ve como es en sí y todo le parece como lo desea.

Estas son las tristes consecuencias de la adulacion, y sin embargo, Señor, ella es el vicio mas comun de las cortes y el

escollo de los mejores príncipes. Apenas el jóven rey Joas habia perdido al fiel pontífice Joiada, sabio tutor de su infancia y el único medio por donde la verdad llegaba todavía á los pies del trono, cuando seducido por las adulaciones de los cortesanos, como dice la escritura, se dirigió por sus malos consejos y se entregó á sus propias flaquezas: *Delinitus obsequiis eorum, acquievit eis* (II. Paral. XXIV, 17).

La adulacion, que de un buen príncipe forma uno para la desgracia de su nacion, es la que convierte el cetro en un yugo pesado y que á fuerza de alabar las flaquezas de los reyes, hace despreciables aun sus virtudes.

Si, señor, el que adula á sus soberanos los vende, y la perfidia que los engaña es tan criminal como el que los destrona. La verdad es el primer homenaje que se les debe, y hay corta distancia de la mala fe del adulator á la del rebelde; porque no se hace caso del honor ni de la obligacion, desde que no se aprecia la verdad, que es la única que honra al hombre, y que es la basa de todas las

obligaciones. La adulacion deberia castigarse con la misma infamia que la perfidia y la rebelion; y la seguridad pública deberia suplir la falta de las leyes, que no han contado la adulacion entre los grandes crímenes, contra los que decretan suplicios; porque tan criminal es atentar á la buena fe de los príncipes como á su sagrada persona, el faltarles á la verdad, como el serles infieles, pues el enemigo que quiere perderlos, es menos de temer que el adulador que solo trata de agradarlos.

Pero la adulacion mas peligrosa es la de aquellos que por la santidad de su carácter deben ser ministros de la verdad. Id, dijo el Señor al espíritu de mentira: entrad en la boca de los profetas del rey Acab y lograréis lo que deseais, porque le engañaréis y su seducción es inevitable: *decipies et prævalebis* (III. Reg. XXII, 22). ¡ Si la adulacion tiene tantos atractivos, aun cuando los vicios y la disolucion del adulador debilitan su autoridad y la hacen sospechosa, cual será su seducción, cuando está revestida de las apariencias de la virtud! ¡ Que

envilecimiento para nosotros si del ministerio de la verdad, hacemos uno de adulacion y de mentira, si en la misma cátedra del Espíritu Santo que debe servir para corregir é instruir á los grandes, les tributamos falsas alabanzas, que acaban de seducirlos; si por el único conducto por donde puede llegarles la verdad, no reciben sino un vislumbre engañoso que les sirve para desconocerse; si nos servimos del lenguaje adulador y rastrero de las cortes, al anunciarles las palabras generosas y sublimes del Señor y si lejos de ser en la tierra los maestros y doctores de los reyes, somos únicamente viles esclavos de la vanidad y de la fortuna! ¡ Y que desgracia para los grandes la de hallar dignos apologistas de sus vicios, en aquellos que deberian censurarlos, y oír al rededor del trono los ministros y los intérpretes de la religion hablar como cortesanos, y ver aduladores, donde deberian hallar Ambrosios!

¡ O! vos Señor, á quien Dios ha puesto para gobernar á los hombres, amad en ellos únicamente la verdad que es la que

los hace amables. No escuchéis discursos lisonjeros, porque el adulador os aborrece y solo ama vuestras gracias y mercedes. Oid las alabanzas que os atribuyen falsas virtudes, como acusaciones públicas de vicios verdaderos, y acordaos de que el elogio menos sospechoso del soberano es el amor de los pueblos. Los buenos y los malos príncipes han sido igualmente alabados en su vida, y aun parece que las bajas adulaciones se han prodigado mas á los malos. El aborrecimiento público, generalmente se oculta bajo la adulacion: haceos, Señor, digno que os alaben, y despreciaréis las alabanzas.

TERCERA PARTE.

La adulacion cierra pues el corazon á la verdad; pero bien pronto produce el triste fruto de la ambicion á que conduce su ceguedad, y acaba de ahondar el precipicio, y tal es la última tentacion con que el demonio provoca hoy á Jesucristo: *Os daré los reinos del mundo y toda su gloria.*

Si, Señor, la adulacion es la que conduce siempre á los grandes á la gloria insensata y mal entendida de la ambicion; y semejante deseo arrastra el corazon poseido de él á todos los excesos.

Esta infausta pasion hace primeramente desgraciado al ambicioso de quien se apodera, le envilece y degrada despues, y al fin le conduce á una falsa gloria por medios injustos que le hacen perder la verdadera. Estos son los caracteres vergonzosos de la ambicion, y sin embargo el mundo honra sus héroes por él, y ellos se consideran muy honrados.

No por esto pretendo autorizar en los grandes ni en los demas hombres una vida muelle y oscura, ni sentimientos bajos y cobardes, ni con pretexto de censurar la ambicion, consagrar el ocio y la indolencia.

Bien sé que hay una noble emulacion que desempeñando de sus obligaciones conduce á la gloria; sé que el nacimiento nos la inspira y la religion la autoriza, y que ella es la que da á los imperios ciudadanos ilustres, ministros sabios y laboriosos, generales valientes, escrito-

res célebres y príncipes dignos de los elogios de la posteridad. La verdadera piedad no es una profesion que forme pusilánimes y ociosos; porque la religion ni ablanda ni abate el corazon, por el contrario le ennoblece y eleva, y sola ella sabe formar grandes hombres; pues que siempre son pequeños, cuando solo son grandes por vanidad. Asi es como la molicie y el ocio ofenden igualmente las reglas de la piedad y las obligaciones de la vida civil; y el ciudadano inútil está tan proscripto por el evangelio como por la sociedad.

Pero la ambicion que es un deseo insaciable de elevarse sobre los demas, aun á costa de arruinarlos, gusano que roe el corazon agitándole siempre, passion que es el gran resorte de las intrigas y de todos los movimientos de las cortes, que forma las revoluciones de los estados, y da todos los dias al mundo nuevos espectáculos, y que se atreve á todo sin reparar en nada, es un vicio todavia mas pernicioso á los imperios que la pereza misma.

Por decontado hace infeliz al que está

poseido de ella, porque el ambicioso de nada goza, ni de su gloria pues le parece oscura, ni de sus empleos, porque quiere otros mas elevados, ni de su prosperidad, porque se fastidia y perece en medio de su abundancia, ni de los homenages que se le tributan, porque estan envenenados con los que él se ve precisado á tributar á los demas, ni de su favor, porque le amarga, desde el punto en que ve que otros participan de él, ni de su reposo, porque es desgraciado en proporcion que tiene que estar mas tranquilo; y es un Amon, que á pesar de ser frecuentemente el objeto de los deseos y de la envidia pública, se hace insoportable á sí mismo; porque se le niega un solo homenaje á su excesiva autoridad.

La ambicion hace, pues, al hombre desgraciado, y ademas le envilece y le degrada. ¡ Cuantas bajezas hace para ascender en dignidad, siéndole preciso parecer no lo que se quiere que sea! Bajeza de adulacion, porque inciensa y adora al ídolo que desprecia; bajeza de cobardía, porque necesita saber sufrir

disgustos, devorar desaires y admitirlos casi como gracias, bajeza de disimulo, teniendo que ocultar sus propios sentimientos y pensar como los demas, bajeza de desarreglo teniendo que hacerse cómplice y quizá instrumento de las pasiones de aquellos de quien depende, y aun entrar á la parte de sus desórdenes para participar con mas seguridad de sus gracias; y al fin hasta la bajeza de hipocresía para emplear algunas veces las apariencias de la piedad, hacer el papel de hombre honrado para conseguir empleos; y convertir la religion misma en instrumento de la ambicion condenada por ella. Esta no es una pintura imaginaria, es sí la pintura fiel de las costumbres de las cortes, y es la historia de lo que son los que viven en ellas.

Despues de esto, digásenos que la ambicion es el vicio de las almas grandes, cuando es el carácter de un corazon bajo y rastrero, y la señal distintiva de una alma vil. Únicamente el cumplimiento de nuestras obligaciones puede conducirnos á la gloria; y si esta se debe á las bajezas y á las intrigas de la ambi-

cion, lleva consigo un carácter de oprobio que nos deshonra; y solo promete los reinos del mundo y toda su gloria á los que se postran ante la iniquidad y se degradan vergonzosamente á sí mismos: *si cadens, adoraveris me* (Matth. IV, 9). Á vuestra elevacion se echa siempre la culpa de vuestras bajezas, vuestros empleos y dignidades recuerdan continuamente las vilezas con que los habeis obtenido, y los títulos de vuestros honores se convierten en testimonios públicos de vuestra ignominia; pero en el ánimo del ambicioso el éxito oculta la vergüenza de los medios; porque queriendo ascender, todo cuanto le conduce á ello, es la única gloria que busca; y así mira aquellas virtudes romanas, que nada quieren deber sino á la rectitud, al honor y á los servicios, como virtudes de novela y de teatro, y cree que los sentimientos elevados podian formar en otro tiempo la gloria de los héroes; pero que la bajeza y el envilecimiento forman en la actualidad los héroes de la fortuna.

De este modo la injusticia de esta passion es tambien el último carácter aun

mas odioso que el de sus inquietudes y de su oprobio. Si, hermanos míos, un ambicioso no conoce mas ley que la que le favorece, y el crimen que le eleva es para él como una virtud que le ennoblece. Es un amigo infiel que no conoce la amistad sino cuando puede servir á su fortuna; es mal ciudadano, y por eso la verdad solo le parece estimable en cuanto le es útil, el mérito en concurrencia suya es un enemigo á quien no perdona, pues el interes público cede siempre al suyo propio y aleja los sujetos beneméritos para sustituirse en su lugar; sacrifica á sus zelos el bien del estado, y veria con menos pesar desgraciarse los negocios públicos en sus manos, que salvarse por los cuidados y conocimientos de otro.

Esta es la ambicion en la mayor parte de los hombres, inquieta, vergonzosa é injusta; pero, Señor, si se apodera del corazon del príncipe y le infesta; si el soberano olvidando que es el protector de la tranquilidad pública prefiere su propia gloria al amor y al bien de sus pueblos; si gusta mas de conquistar

provincias que de reinar en los corazones; si le parece mas glorioso destruir á sus vecinos que ser el padre de su pueblo; si el luto y la desolacion de sus súbditos es el único canto de alegría que acompaña á sus victorias; si emplea para sí solo el poder que únicamente se le ha dado para hacer felices á los que gobierna! en una palabra, si solo es rey para desgracia de los hombres, y como el otro de Babilonia, no quiere levantar la estatua impia y el idolo de su grandeza sino sobre las lágrimas y las ruinas de los pueblos y de las naciones, ¡ Gran Dios que calamidad para el mundo, y que presente haceis á los hombres en vuestra cólera, dándoles semejante dueño!

Su gloria, Señor, siempre estará manchada con sangre, y quizá algun insensato cantará sus victorias; pero las provincias, las ciudades, los campos llorarán por ellas; se le levantarán monumentos soberbios para inmortalizar sus conquistas; pero las cenizas todavía humeantes de tantas ciudades, en otro tiempo florecientes, la desolacion de tantas campi-

ñas despojadas de su antigua hermosura, la ruina de tantas murallas, bajo las cuales yacen tantos ciudadanos pacíficos; y tantas calamidades como subsistirán despues de él, serán unos monumentos lúgubres que inmortalizarán su vanidad y su locura. Habrá pasado como un torrente para destrozár la tierra, y no como un río magestuoso que lleva por ella la alegría y la abundancia. Su nombre se hallará escrito en los anales de la posteridad, entre los conquistadores, pero no entre los buenos reyes, y solo se citará la gloria de su reinado para recordar la memoria de los males que hizo á los hombres. De este modo su orgullo (1) dice el Espíritu Santo, habrá subido hasta el cielo, su cabeza habrá tocado en las nubes, sus triunfos habrán igualado sus deseos, y todo este cúmulo de gloria solo será al fin un monton de estiércol, que únicamente producirá infeccion y oprobio.

¡ Gran Dios ! vos que sois el protector

(1) Si ascenderit usquè ad cœlum superbia ejus, et caput ejus nubes tetigerit : quasi sterquilinum in fine perdetur. *Job*, XX, 6, 7.

de la infancia de los reyes, y particularmente de los que son pupilos, apartad todos estos lazos del niño precioso que nos habeis conservado por efecto de vuestra misericordia. Él puede deciros, como en otro tiempo un rey formado segun vuestro corazon : *Mis padres me han abandonado.* (Ps. XXVI, 10.) Apenas habia yo abierto los ojos, quando una muerte prematura los cerró á un mismo tiempo á la madre que me habia tenido en sus entrañas, y cuyas facciones amables y magestuosas estan todavía gravadas en mi semblante, y al príncipe piadoso que me engendró y cuyos sentimientos religiosos estarán siempre impresos en mi corazon : *Pater meus et mater mea dereliquerunt me.* Pero vos, Señor, que sois el padre de los reyes, y el Dios de mis padres, me habeis puesto bajo vuestra proteccion, y á cubierto bajo la sombra de vuestras alas y de vuestra bondad paternal : *Dominus autem assumpsit me.* (Ibid.)

¡ Gran Dios ! conservad pues su inocencia como un tesoro todavía mas estimable que su corona, hacedla crecer con

su edad, tomad su corazon en vuestras manos, y que el fuego impuro de los deleites no profane jamas un santuario que vos os habeis reservado tantos siglos ha; *Custodi innocentiam.* (Ps. XXXVI, 37.)

Ved estas semillas de rectitud y de verdad que habeis colocado en su alma, este espíritu de justicia y de equidad que se desarrolla todos los dias y que parece haber nacido con él, y esta aversion naciente para con los artificios y falsas alabanzas de los aduladores, y no permitais que la adulacion corrompa jamas estos dichosos presagios de nuestra felicidad futura: *Et vide æquitatem* (Ibid).

Que reine para nuestra ventura, y reinará para su gloria, que no tenga mas ambicion que la de hacer felices á sus súbditos, que el título que mas estime sea el de rey benéfico y pacifico, pues que no será grande sino en cuanto sea amado de su pueblo. Que sea el modelo de todos los buenos reyes, y que como príncipe pacifico pueda dejar todavía tras sí otros príncipes que se le parezcan: *Quoniam sunt reliquie homini pacifico* (Ibid.). Admitid estos votos ó Dios mio y sean para

nosotros las prendas de la tranquilidad de la vida presente y la esperanza de la futura. Amen.